DERECHOS EN LA NIÑEZ 29. 06. 2025

"Casas de Vida Adulta Independiente: el camino hacia una transición digna para adolescentes Institucionalizadas"

¿Es posible construir una vida adulta tras una infancia marcada por una vida en un hogar del Estado?

Camila y Javiera —nombres ficticios para proteger sus identidades— crecieron bajo la tutela del Estado en el Hogar María Ayuda de la Región del Maule, tras ser separadas de sus familias por orden judicial debido a vulneraciones de derechos.

Aunque no tienen lazos de sangre, comparten la experiencia de haber crecido institucionalizadas, pero sus caminos fueron distintos. A los 12 años, Camila fue trasladada a una Casa de Vida Adulta Independiente en Curicó, donde encontró un entorno que fomentaba la autonomía. Javiera, en cambio, permaneció en residencias tradicionales, con menos oportunidades de generar sentido de pertenencia y vínculos afectivos.

Sus historias muestran cómo el tipo de residencia en que crecen los menores institucionalizados puede marcar la diferencia en su transición hacia una vida adulta digna, dentro de un sistema que aún enfrenta grandes desafíos.

En Chile, a 2024, 5.071 niños, niñas y adolescentes viven en residencias del sistema de protección del Estado tras haber sido ingresados por orden de tribunales de justicia debido a distintas vulneraciones por parte de sus progenitores, según cifras del Servicio Nacional de Protección Especializada a la Niñez y Adolescencia (Mejor Niñez). Desde la implementación del Servicio Nacional de Menores SENAME en el año **1979,** que respondió a los altos niveles de niños, niñas y adolescentes en situación de calle, es que se implementan los conocidos hogares de menores en busca de rescatar la infancia de todos aquellos niños, niñas y adolescentes que no estaban creciendo en un entorno adecuado.

A partir de lo último, años después en Lontué nace el Hogar María Ayuda, una fundación sin fines de lucro en colaboración con el Estado, el cual acogía a niñas entre 4 y 17 años. Si bien, no existía una división estricta según su etapa de crecimiento, el hogar cumplía la función de brindarles un espacio para crecer. El hogar era amplio: contaba con cinco habitaciones organizadas por edad, en cada una de las cuales dormían seis niñas, lugares de estudio, una sala común donde compartían las comidas y un gran patio con una cancha para jugar. En total, alrededor de 25 niñas habitaban el lugar, bajo el cuidado de siete Educadoras de Trato Directo que se organizaban en turnos diurnos y nocturnos.

La revisión bibliográfica *"Desarrollo en las infancias institucionalizadas y en familias de acogida temporal"* de las argentinas María Paula Moretti y Norma Mariana Torrecilla lanzado en el año 2019. Señala que distintos autores coinciden en que niños, niñas y adolescentes que crecen en residencias presentan un deterioro psicológico, emocional e incluso cognitivo a lo largo de su permanencia. A nivel socioafectivo, por ejemplo, es frecuente que desarrollen vínculos marcados por un apego inseguro o desorganizado, lo que se suma a las experiencias de daño con las que muchos de ellos ingresan al sistema. La ausencia de un entorno familiar estable dificulta que construyan un sentido de pertenencia, convirtiéndose en uno de los principales factores que los impulsa a escapar de estos lugares y, en muchos casos, a exponerse nuevamente a situaciones de vulneración. Por ello, especialistas advierten que es fundamental que los menores permanezcan el menor tiempo posible en estos espacios para evitar las consecuencias permanentes que puede generar la institucionalización.

El sentido de pertenencia es la sensación de conexión, identidad y aceptación que experimenta una persona al ser parte de una comunidad. Este sentimiento es fundamental para el bienestar psicológico, ya que nos hace sentir seguros, valorados y emocionalmente sostenidos.

Carla Iribarren, psicóloga clínica infantil que en los últimos años ha brindado atención privada a niñas institucionalizadas —incluyendo a las del Hogar María Ayuda—, sostiene que el sentido de pertenencia es un factor clave en su desarrollo. Según explica, estas menores necesitan establecer vínculos afectivos sanos con otras personas para crecer de manera plena, ya sea a través de la amistad, el amor o la afiliación grupal. De esta forma, logran construir un entorno de seguridad emocional y bienestar que incide directamente en su autoestima, estabilidad emocional y salud mental.

CAMILA: LA ARQUITECTA DE SÍ MISMA

Camila -quien hoy en día tiene 23 años- llegó a los 4 años al Hogar María Ayuda de Lontué. Desde ese entonces recuerda una infancia dolorosa y sin adecuarse al sistema de vida que llevaba allí adentro:

"Recuerdo soledad, me costaba encajar con mis demás compañeras y me recuerdo muy sola... Lontué para mí es pena y dolor"

Los recuerdos que tiene Camila de su niñez en la Institución de Lontué no son agradables para ella, la sensación de ser ajena a su entorno la llevó a pasar sus primeros años llena de dudas y tristeza que aún persisten en su relato al recordar:

"No tenías tu espacio, te pasabas cambiando de pieza, entonces nunca tuvimos algo de nosotras, algo que en verdad nosotras sintiéramos que aquí pertenezco porque era constante cambio y siempre pensando en el futuro. Tenía ocho años y ya estaba pensando en que quería estudiar al ser más grande o que tenía que terminar el colegio, a mí nunca nadie me revisó un cuaderno"

Camila creció sin redes de apoyo familiares, lo que implicaba que solo podría dejar el hogar una vez alcanzara la mayoría de edad. Al igual que ella, cada año Mejor Niñez acoge a menores que no cuentan con un entorno familiar saludable donde desarrollarse. En estos casos, el entorno institucional adquiere un rol fundamental, ya que no se trata de una estadía temporal: estas niñas crecen dentro del sistema.

A los 11 años, luego de un intento de adopción fallida a Camila le preguntan si quiere trasladarse al proyecto piloto de Casa Vida Adulta Independiente en Curicó:

"Me contaron que iba a ser diferente a Lontué, una vida adulta independiente, que íbamos a tener nuestras cosas, una pieza no como Lontué, que eran piezas de seis niñas o más, en Curicó íbamos a ser dos niñas en una pieza y yo acepté"



FACHADA TRASERA HOGAR MARÍA AYUDA CURICÓ, PROYECTO VIDA ADULTA INDEPENDIENTE 2019. FOTO: GUISELLE HUILCAL.

El traslado marcó un cambio profundo en su vida. Pasó de convivir con veinticinco niñas y adolescentes a compartir el espacio con solo ocho, todas en plena adolescencia. Esta residencia formaba parte de un programa pionero en el país, impulsado en el año 2012 por Alicia Valencia - en ese entonces directora del hogar -, con el propósito de ofrecer un entorno más cercano a la vida familiar y favorecer el desarrollo de autonomía.

En este espacio se trabajaba específicamente con adolescentes que no tenían posibilidades de volver a vivir con sus padres, es decir, allí iniciarían su transición hacia la adultez. El entorno y estas condiciones les permitían desarrollar autonomía progresiva y adquirir herramientas que en Lontué habría sido imposible promover.

El objetivo central del programa era **prepararlas para una vida adulta independiente**, entregándoles habilidades prácticas para su día a día, como realizar compras, trasladarse solas al colegio y asumir responsabilidades básicas en su rutina.

Frente a este cambio, Camila expresa:

"Ahí fue cuando empecé a ver un futuro, sentí que algo bueno venía, que esto era distinto. Empecé a imaginar posibilidades: que podía seguir estudiando. Nos decían que podíamos ir a la universidad y quedarnos en el hogar mientras tanto. Ese era el proyecto: estudiar, salir de la universidad y recién ahí empezar a trabajar y dejar el hogar. Por primera vez, sentí que tenía un camino claro por delante"

Camila vivió en esta residencia desde los tres hasta los dieciocho años, período durante el cual logró experimentar lo que significa una familia. Las acciones cotidianas, como desayunar todas juntas acompañadas de solo una Educadora de Trato Directo (ETD), privacidad y vínculos significativos sanos contribuyeron significativamente a fortalecer y desarrollar aún más su resiliencia.

"Me ayudaron a superar ese constante cuestionamiento de "¿por qué a mí?" que siempre me hacía, aceptando que hay cosas que ya están dadas y que hay que aprender a vivir con ellas"

En el año 2020 egresó del sistema de protección a los 18 años. Actualmente tiene 23 y cursa la carrera de Nutrición y Dietética en la Universidad Católica del Maule. Vive junto a su pololo, quien desde su egreso se ha convertido en su única red de apoyo.

Durante la entrevista, Camila relata que, si bien recibió acompañamiento mientras residía en el Programa de Vida Adulta Independiente en Curicó, este apoyo se interrumpió al momento de egresar. Fue entonces cuando comenzó a tomar conciencia de heridas emocionales que aún no logra sanar por completo.

Aunque ha conseguido cierto grado de autonomía, Javiera reconoce que sigue necesitando apoyo psicológico especializado. Su estabilidad actual depende casi exclusivamente del vínculo con su pareja, quien además le proporciona el sustento económico. Esta dependencia la lleva a vivir con un temor constante: el miedo a lo que podría ocurrir si la relación terminara antes de que logre finalizar sus estudios universitarios.

JAVIERA: UNA HISTORIA DISTINTA

Javiera – con 19 años actualmente - llegó a los seis años al Hogar María Ayuda de Lontué y al igual que Camila ingresó bajo orden de tribunales a causa de vulneraciones por parte de sus progenitores. Al llegar, se encontró con un entorno de protección:



FACHADA PRINCIPAL HOGAR MARÍA AYUDA LONTUÉ, 2019. FOTO: GUISELLE HUILCAL.

"Tenía un lugar donde pasar mis noches, tenía un lugar donde yo podía comer, un lugar donde yo podía estar, un lugar tranquilo, un lugar donde yo sentía el apoyo"

Con el paso de los años, Javiera fue creciendo y su sentido de pertenencia se iba apagando cada vez más, el bullying en la escuela, la falta de acompañamiento y sobre todo su entorno hacía que la percepción de ella misma fuera cada vez más negativa comenzando a escaparse del hogar con sólo 9 años.

"Llegó un punto en que empecé a sentir curiosidad por saber quién era mi mamá, quién era mi papá, quién era mi familia. Fue entonces cuando tomé la decisión de irme, porque al principio solo quería conocer lo que había afuera. El hogar se sentía como una especie de cárcel, me sentía aburrida, sola, y necesitaba compañía. Nadie entendía que en ese momento necesitaba a alguien, una amistad y por más que la buscaba, nadie quería acercarse a mí"

Las constantes idas y venidas dentro del hogar afectaron progresivamente la salud mental de Javiera, lo que también se reflejó en un deterioro de su comportamiento dentro de la residencia. A raíz de esta situación, fue trasladada al Hogar Teresa de Jesús, en Parral, cuando tenía 13 años. Sin embargo, en este nuevo lugar su sensación de pertenencia se vio aún más debilitada. Según relata, la directora nunca la tomó en cuenta y mostró apatía hacia ella desde el primer momento. Aquella experiencia la marcó profundamente: incluso el mismo día de su llegada decidió escaparse.

"Me acuerdo de que llegué y el hogar no me gustó, pedí hablar con la directora y no me tomó en cuenta. Entonces me bañé, me vestí con ropa limpia y me escapé"

Ese mismo día llegó a Talca en un bus Pullman del Sur. Ahí ante la falta de redes de apoyo, vivió en la calle por cerca de tres semanas, hasta que un día una pareja de pastores evangélicos le brindaron ayuda:

"Ellos se preocuparon por mí. Me sacaron de las calles, me sacaron del hogar y me dieron una familia"

José y Florencia le brindaron a Javiera algo que nunca había tenido: un ambiente acogedor y un vínculo seguro. Vivió con ellos desde los 13 hasta los 18 años y, hasta

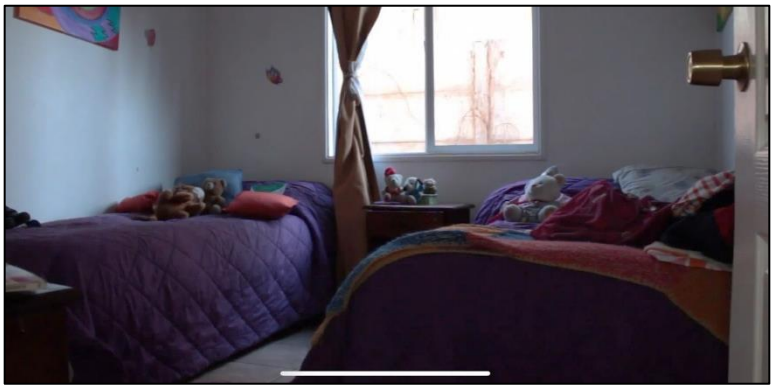
hoy, mantiene una relación cercana con ambos. Sin embargo, la vida fuera de la institución no ha sido fácil para ella. Al no contar con redes de apoyo ni vínculos afectivos sólidos, se ha visto expuesta a un deterioro progresivo de su salud mental, sin recibir la reparación necesaria.

Ante la pregunta de si le hubiese gustado que algo fuera distinto en su vida, Javiera responde:

"Sí, haber vivido en la Casa de Curicó, muchas veces les dije a las tías que me cambiaran de hogar, eso es lo que me hubiera gustado, irme para esa casa, crecer en un ambiente de familia. ¿Por qué crees que cuando iba para Curicó me divertía? ¿La pasaba bien? Porque me gustaba estar allá, y yo siempre les decía a las directoras, quiero irme para allá y nunca me pescaron nunca me tomaron en cuenta"

EL ENTORNO

El entorno en el que crece un niño, niña o adolescente institucionalizado cumple un rol determinante en su desarrollo emocional, psicológico y social. Cuando no existen redes de apoyo familiares, los vínculos significativos que se generan dentro de los hogares de menores pueden transformarse en su principal fuente de contención y seguridad, siempre que estos espacios logren brindar un ambiente saludable y estable.



MODELO DE HABITACIÓN HOGAR MARÍA AYUDA CURICÓ, PROYECTO VIDA ADULTA INDEPENDIENTE 2019. FOTO: GUISELLE HUILCAL

Un ejemplo de ello fue la **Casa de Vida Adulta Independiente en Curicó**, un programa pionero que funcionó durante siete años. Se trataba de una vivienda amplia que contaba con una pieza para la Educadora de Trato Directo (ETD), living comedor, cocina, lavandería, despensa, cuatro dormitorios compartidos por dos adolescentes cada uno, una sala de estar y un gran patio. Además, había una Educadora de Trato Directo de día y otra de noche, lo que resultaba fundamental, ya que su rol

se asemejaba al de una figura materna: eran ellas quienes acompañaban, guiaban y contenían emocionalmente a las adolescentes en su transición hacia la adultez.

La importancia de este entorno se reflejó en un dato significativo: **durante todo el período en que funcionó la residencia, ninguna adolescente se escapó**. Esto se explica porque lograron desarrollar un **verdadero sentido de pertenencia**; y, como bien señala Carla Iribarren, *"un niño no abandona su hogar"*. Entre 2018 y 2019, **ocho jóvenes egresaron al cumplir su mayoría de edad**, y al poco tiempo la casa cerró sus puertas por falta de recursos al igual que el hogar de Lontué.



MODELO DE HABITACIÓN HOGAR MARÍA AYUDA LONTUÉ 2019 FOTO: GUISELLE HUILCAL

Actualmente, cada una de ellas ha logrado romper con los patrones familiares que alguna vez las llevaron a la institucionalización y la resiliencia desarrollada en ese entorno ha sido clave en sus trayectorias de vida. Aun así, al egresar de la residencia no recibieron un seguimiento adecuado, lo que ha dificultado sus trayectorias. En la actualidad, no todas han logrado completar sus estudios debido a la falta de apoyo económico, y la salud mental también ha sido un factor determinante, marcada por la necesidad de contar con acompañamiento psicológico continuo.

La Defensoría de la Niñez establece que cada niño, niña y adolescente es sujeto de derecho, lo que significa que "gozan de los derechos que les corresponden a todas las personas, pero, además, tienen derechos específicos y especiales derivados de su condición, y que se traducen en deberes específicos para la familia, la sociedad y el Estado". Frente a esto, cuando un menor no cuenta con redes de apoyo sanguíneas, **es el Estado quien asume la responsabilidad de trazar el camino que seguirá su vida**.